

# Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares 200 pts.  
Suscripción: España, un trimestre 200  
Extranjero 300

REFLEJO DEL ACTUAL MOMENTO

## Consideraciones

Hay tal invasión de raquitismo moral en todas las clases poseedoras y en sus defensores, que si el pueblo estuviera lo suficientemente preparado, estaría cerca de la hora de su liberación.

En vano invocan todos los argumentos para defender el sistema capitalista; ninguno es válido; todos son rebatibles; todos débiles, inconsistentes, sin firmeza, sin una base fuerte, cierta, asentada en la realidad. Con una sociología empírica, ayuna de contenido científico, pretenden justificar la existencia, de hoy y para mañana, del capital, del Estado, de la autoridad, como sostenedores imprescindibles y precisos para toda organización social. Con teorías evolucionistas, reformadoras, un poco sofisticadas, tratan de defender lo que ellos llaman orden establecido; pero no apoyan su defensa con ningún argumento de orden moral, con ningún argumento de esos que dejan al adversario ineficaz.

Y er que, pese a todo, la imperfección de la sociedad actual, el absurdo que sostiene, significa y representa, lo ilógico que es la forma de la vida presente, son más poderosos enemigos del Estado, de la autoridad y del capital, que las mismas teorías anarquistas. Es precisamente de todo esto que nace, que se origina la idea ácrata. Por estas causas, que son primordiales, las teorías socialistas-anarquistas se impondrán un día. Inútil será para el futuro continuar sosteniendo la necesidad de que subsista, más o menos reformado, más o menos ampliado, el concepto de autoridad, el concepto de capital, aunque llegue un día en que los actuales teóricos de las reformas, nos hablen de un capital y una autoridad colectivas. Donde hay autoridad no existe la libertad; en tanto exista el capital no habrá independencia económica, ni emancipación, ni siquiera seguridad del alimento.

Los partidarios de las reformas, esas gentes extrañas para las que han sido inútiles los ejemplos de la historia, a los que nada dicen las enseñanzas del pasado, fecundo en ellas, se empeñan en sostener lo absurdo, lo ilógico, no sabemos si por pobreza mental, o si por interés de clase. Lo cierto es que implica ello en último análisis, una riqueza inexporada de raquitismo moral.

Los que se llaman liberales, en nombre de la democracia, de la libertad, de la república o del socialismo, son los que más influyen, se mueven, actúan en este sentido. Para ellos no hay más solución factible que ir reformando lo imperfecto. Se sacrifican aceptando ministerios, diputaciones, o simplemente representaciones secundarias, con el fin de hacer sentir su influencia cerca de lo estatuido; hasta hacerle conceder alguna reforma, alguna limosna ditiarnos mejor. Colaboran con las clases poseedoras y mandatarias, esperando, confiando de este modo encaminar a la sociedad hacia la finalidad que dicen perseguir.

Con un programa ecléctico, moldeable al frente, emprenden la ruta de las reformas; poco a poco van dejando al margen, olvidadas, como si no existieran, las finalidades posteriores; días de unos que fueron radicales, las de otros que eran sencillamente un cambio de régimen burgués por otro idéntico.

Lo concreto, lo sintético del programa se trata superficialmente; lo trivial, lo secundario, se sostiene como principio. Y así van degenerando hasta confundirse con la misma burguesía, con las clases poseedoras; unos porque ya de antemano perseguían este objetivo; otros porque se adaptan al ambiente que les rodea. Terminan todos por debalirse inútil y lastimosamente en un medio raquílico, de pobreza ideológica, de negación, de acabamiento, de infecundas modalidades, de estériles propósitos; en un medio sin ninguna grandeza, sin ninguna elevación.

El raquitismo moral en que ya se en-

testa constante. Se ha sentido débil ante el peligro; ve llegar la ruina, el derrumbe de todo lo que le sostiene.

El edificio se cae y precisa reformarlo; las circunstancias son propicias para sus fines, y las aprovecha.

Una amnistía hecha expreso para ello, lleva a cuatro hombres del presidio al parlamento.

He aquí ya los que indirectamente colaboran al sostenimiento del Estado amenazado. Las protestas de todo el partido cesarán, la inquietud será acallada en espera de la obra de sus representantes. Los socialistas, una vez más, habrán salvado al capitalismo de una nación. Es esa la finalidad a que se llega, son esos los resultados que se obtienen.

Y nadie se levantará a decir todo esto; nadie tendrá entre ellos el valor de proclamar sencillamente esta verdad que la experiencia nos ha enseñado.

Sólo nosotros, como siempre, habremos de machacar un día y otro sobre la dura cabeza de la multitud, que tanto tarda en comprender el mal que entre todos le hacen.

Si se estudia hoy la actuación de todos los políticos, que son en último extremo las defensoras directas o indirectas del sistema capitalista, se observará, acaso con sorpresa, que son, por regla general, más o menos abiertamente, partidarios de las reformas. Unos, en lo que atañe al Código; otros, de la Constitución; aquellos, de las jornadas de trabajo; cuales, de los impuestos; quienes, de la forma de propiedad de la tierra. Absolutamente todos, desde el más reaccionario al más democrata, convienen en que hay necesidad de reformarlo todo.

¿Implica esto quizá una mayor libertad, una más amplia concepción de las necesidades colectivas?

No, en modo alguno. Es una táctica conservadora; es la amenaza de un peligro inminente que les obliga a parecer, nada más que parecer, liberales. Las reformas son pequeñas limosnas que se dan a un vagabundo que pordiose; no remedian su situación pero le engañan de momento; si el vagabundo amenaza, acaso la limosna sea mayor, pero al día siguiente el hambre volverá a atormentarle.

En lo social, las reformas son aún más inútiles, son también perjudiciales; son obstáculos puestos en el camino de la emancipación. Ved que paradoja; lo que pudiera creerse un beneficio, es en realidad un mal causado. Los demócratas, los socialistas inclusive, colaboran con el capitalismo en esta obra.

El mundo burgués se hundía; ahogado por el raquitismo moral que representa y encarna, amenazaba desaparecer; era como un edificio en ruinas que se derrumbaba. Los jefes del socialismo, al aceptar la política como un medio para emancipar al proletariado, fueron a sostener, a apuntalar el edificio que se caía. Porque las multitudes que con un esfuerzo insignificante podían haber cooperado al derrumbe total del edificio ruinoso, se mantuvieron inactivas, confiando en la labor de sus representantes, de aquellos que habían salido de entre ellos animados por un ideal común. Fueron. Empezaron su tarea de reformas; el pueblo abandonó su actitud de amenaza; ya había en lo alto quien se preocupara de él.

Pues bien; aquellas reformas terminaron por afirmar el edificio que se derrumbaba; robustecieron sus muros, lo hicieron más fuerte. Gracias a lo que en un principio se creyó motivo de más pronta ruina, el mundo burgués que ya estaba pronto a desaparecer, ha adquirido consistencia. Los partidos socialistas le han llevado una fuerza que ya no tenía, una fuerza inmensa que antes le era contraria, una fuerza que de un solo empuje podía haberlo derribado.

He ahí a lo que han conducido las reformas, ved si son perjudiciales sus resultados.

El Gobierno, el capitalismo español se ha dado cuenta de ese hecho; ha tenido ocasión de observarlo en otros países. Ha observado también la intranquilidad que reina entre las clases trabajadoras, el descontento, la actitud de amenaza y de pro-

testa constante. La ley característica de la naturaleza humana; aquella mediante la cual se distingue al hombre de todos los seres que le rodean, sujetos a una fatalidad inevitable, a fuerzas que no pueden romper, la ley primordial de la naturaleza humana, es la libertad. Por consecuencia, a medida que la sociedad sea más justa, se aproximará más a la naturaleza humana, y a medida que más se aproxime a la naturaleza asegurará más la libertad. Es un error común a absolutistas y a socialistas el decir que para fundar la sociedad el hombre necesita sacrificarse a la libertad. Así como en el espacio infinito caben todos los mundos, en la sociedad caben todos los derechos. Y es otro error creer que la sociedad sea más justa, se aproximará más a la naturaleza humana, y a medida que más se aproxime a la naturaleza asegurará más la libertad común a absolutistas y a socialistas. Así como para fundar la sociedad el hombre necesita sacrificarse a la libertad. Así como en el espacio infinito caben todos los mundos, en la sociedad caben todos los derechos. Y es otro error creer que la sociedad tenga derechos contrarios a los derechos del hombre.

En la agregación de la naturaleza humana, las cualidades primordiales de la naturaleza, se encuentran en el individuo las cualidades primordiales de la sociedad.

El átomo, sin perder su naturaleza esencial y sin contrariar las leyes, cobra mayor vida en el horno inmenso de la naturaleza, en la agregación infinita del universo; el hombre cobra mayor vida, más fuerza en la sociedad, en esa nueva naturaleza, que lejos de robarle la libertad, la acrecienta y la consagra.

El derecho es anterior y superior al Estado. Negamos al Estado derecho para negar la libertad de trabajo, la libertad de crédito, la libertad de comercio, como la libertad de pensamiento, como la libertad de sufragio, como la libertad de imprenta. Los socialistas, como los absolutistas, creen que el Estado es la misma sociedad. Por eso creen que el Estado va a resolver el problema social. Pues bien, nosotros creemos que el problema social se resolverá por la moral, por la ciencia, por el trabajo, por la industria; y como el Estado no es ni la moral, ni la ciencia, ni la industria, ni el trabajo, negamos radicalmente al Estado capacidad para resolver el problema social; ni aun derecho para intervenir, si el problema social es la libertad humana.

Y vosotros, que os llamáis demócratas, al limitar la libertad, desconocéis la democracia; y vosotros, que os llamáis socialistas, al elevar el Estado sobre el derecho, desconocéis la sociedad.

EMILIO CASTELAR

## TRABAJO

El trabajo es la vida misma, la vida es un continuo trabajo de las fuerzas químicas y mecánicas.

Desde el primer átomo que se puso en movimiento para unirse a los átomos cercanos, la gran labor creadora no ha cesado, y esta creación que continúa, que continuará siempre, es como la larva misma de la eternidad, la obra universal a que venimos todos a traer nuestra piedra.

El universo, no es un inmenso taller en que jamás se huele, en que los infinitamente pequeños hacen cada día una gigantesca labor, en que la materia obra, fabrica, engendra, sin descanso, desde los simples fermentos, hasta las criaturas más perfectas.

Los campos que se cubren de mieses, trabajan; los bosques en su pausado crecimiento, trabajan; los mares, haciendo rodar sus olas de uno a otro continente, trabajan; los mundos que son llevados por el ritmo de la gravitación, a través de lo infinito, trabajan.

No hay un ser, no hay una cosa que pueda inmovilizarse en la ociosidad: todo va arrastrado, atado a su tarea, obligado a poner su parte en el común empeño.

Quien quiera que no trabaja, desaparece por eso mismo, rechazado, como estorbo inútil; y ha de ceder el puesto al trabajador necesario, indispensable.

Tal es la única ley de la vida, que no es, en suma, más que la materia trabajando, una fuerza en perpetua actividad, el Dios de todos las religiones, para la obra final de la dicha, cuya imperiosa necesidad llevamos en nosotros.

EMILIO ZOLA

## Errorres del socialismo de Estado

Los errores capitales del socialismo —del socialismo autoritario, diría mejor— provienen de confundir la Sociedad con el Estado y de creer que la sociedad tiene leyes distintas de la naturaleza del hombre, cuando no es más que el complemento de esta misma naturaleza. Así como en el universo los agentes más impalpables y etéreos, la luz, el calor, la electricidad, el oxígeno, alimentan la vida, forman los cuerpos, así las ideas, las fuerzas morales, esos agentes invisibles, pero poderosísimos, forman la sociedad, reflejo del espíritu humano, realización de su vida terrena en toda su plenitud. La sociedad es un ser real, objetivo, con propia vida, con leyes tan naturales e inevitables como las leyes de la mecánica celeste. El secreto consiste en haber encontrado esas leyes. Cuando no se conocían las leyes de la naturaleza, para explicar el hombre el trueno del trueno, la caída del rayo, aplababa a la magia, arastrábase a las plantas de las teocracias. Cuando no conocía las leyes de la sociedad, para asegurar su vida, para realizar su destino, acudía el hombre a una falsa organización social, a la poder absoluta, a un derecho celeste, de origen extracelular, de origen divino. Pero desde el momento que el hombre conoce las leyes sociales, sabe que no son en su fondo y en su forma sino las mismas leyes de su

por la mudez de descontentadizos que nos caracteriza.

Quedan otros hombres en presidio y otras familias desamparadas para quienes la amnistía ha sido avara; esa amnistía que, como producto de una clase social, nos ha hecho saber, nos ha habituados a la vida, que en la calle como en presidio, aún hay clases, digar lo que quieran los horóscopos igualitarios.

Pero si nosotros no nos hemos alegrado más que a medias, hay gente por esas tierras hispánicas para quien la entrada en la moderna Jerusalem de los cuatro cristos del socialismo, ha sido el momento más feliz de su vida.

De creer a la prensa burguesa, y esta vez la creemos a ojos cerrados, la llegada a la Villa y Corte del comité de huelga ha traspasado los límites del júbilo y la alegría; el asalto del tren que conducía a los exproclama, los ha recibidos por la efusión con que han sido propinacos, gritos como berridos y lágrimas como juños, que cuando la alegría de las multitudes a sale de madre, convierte lo serio en grotesco y lo trascendental en ridículo.

Y eso es lo que ha hecho esa multitud impresionable y sensible al recibir a los favorecidos por la amnistía; ridiculizar y dar un linte caricaturesco a lo que no para de ser un hecho corriente y vulgar; pues apenas si salen hombres de presidio con tan buena nota como la que ostenta ese Comité y a nadie se le ocurre llamar al vecino para alegrarse colectivamente, ni castigar en hombre de esas gentes que han hecho en Madrid, al delincuente honrado.

Pero tan inútil es pedirle peras al olmo, como a ciertos hombres que tengan personalidad; si no podían llorar, reír, cantar y solazarse en común, las causas generadoras de los acontecimientos no habían melia en la mentalidad de esas gentes que han nacido para reñir; y en este caso se encuentran esos centenares de individuos que para alegrarse por la excarcelación de unos presos, han tenido que apelar a una especie de apoyo mutuo sobre el cual no dice Kropotkin una palabra en su obra *El apoyo mutuo entre los animales*.

Si, amigos; y aceptad lo de amigos como una figura retórica; los que con vuestros transportes de júbilo colectivo habéis hecho garrapatear a los periodistas y correr a los fotógrafos os habéis puesto en ridículo; pero abrazos casi no os habéis dado; os habéis sacudido todavía el polvo del camino fetichista; necesitáis alguien a quien adorar; buscáis algo en que creer, y el mundo, tan pródigo con los que han hambre y sed de idolatría, os ofrece mil ocasiones donde poder manifestaros tal como sois; pero no os habéis dado; os habéis pasado de raya; nunca hubiéramos creído que vuestro griterío llegara tan bajo, ni tan alto el engrandecimiento de vuestros santones.

Naturalmente, que nadie va a quitaros lo bailao; habéis llegado al paroxismo en vuestra alegría; habéis enronquecido acclamando; os habéis bebido las palmas y habéis quebrantado la fuerza de estrojuaros; a vuestros rabadores, y mientras haciais todo esto, allí, en presidio, otros hombres que, como los vuestros, también cayeron luchando, pensarán amargamente en la diferencia que hay entre un Besteiro, pongamos por cateadrático, y un Perico el de los Palotes.

JUANONUS

Organizado por el Ateneo Racionalista, de Sans, se celebrará hoy miércoles, día 15, un MITIN ANARQUISTA en el Salón Asiático, calle Rosal, 31 (Pueblo Seco), a las nueve y media de la noche.

## La plegaria inútil

Yo no sé, Señor, ya que así se os clama; si sois mi amo, ni si existis siquiera; pero que mi aliento es un estorbo, y, en resumen, no soy más que un poco de ceniza puesta al borde de los tiempos sin fin.

Cumpro como puedo mi deber y mi tarea, sin levantar mucho la vista hacia las lejanías cimas; pero si existis y queréis que yo lo sepa, ¿por qué no os presentáis jamás?

Mirando de cerca las cosas que hacéis, si fuera verdad que las hacéis así, no puedo consideraros como indignos para mis penas y solicito para mis inquietudes.

Si desde lo alto veáis sobre el globo en que nos hallamos, si vuestros ojos se dirigen a todas partes y todo lo ve, sabéis que viendo florar otros hombres lloro también y otro mucho.

Pero vos nada hacéis para enjugar sus lágrimas, para que yo sea mejor que los otros; ignorantes y sin armas, lejos

de vuestra justicia y sin explicarles la causa.

A fin de sujetarnos al error de los antepasados, y para que los malos queden siempre veneciosos, permitis que los tuantes que se desentendieron de sus deberes deliraron los cerebros y desfilen los corazones.

Les permitis explotar el misterio, grabar la menira en la piedra del altar y hacer que corra más sangre sobre la tierra que estrellas habéis sembrado en el cielo.

Vuestra como la muerte, y me espanta; vos, que debéis vigilar siempre, sois como un amo que duerme en brazos de su servidora mientras los ladrones saquean su bodega.

Vuestras manos de justiciero permanecen inactivas; no tenéis piedad, ni pena, cuando amos repugnantes vendimian con sus espadas pas finchadas de la muerte.

En los amargos golfos, bajo el agua incommensurable, entre el agua y la roca levantada como un pavés, rodeáis de cuidados la concha purpúrea con que el esclavo ha de teñir el manto de sus reyes.

D edificas, como poeta terrible y soberbio, el mar a la tempestad y el dolor, y olvidáis que sois el Vicio cuando un tirano siega la idea en flor.

Servís la vena al corcel del bárbaro; os manifestáis complacientes ante los códigos mal hechos, cuando un juez insensato reviste con su toga los cadáveres cortados en los boques.

Lleváis una parte de vengianza en nuestros escándalos, ya que robáis, aceptándole, el rumor de las ropas virginales que se desizian descubriendo desnudeces vendidas a vuestras lubricidades.

Si creyese en vos sin alentar una duda, os diría, Señor, tened piedad de nosotros Descubridores de embalsamados, contra el camino, defended vuestras ovejas contra el diente de los lobos.

Haced que la labor del hombre y la de la abeja no dore más la colmena ociosa de los aborjeros; aconsejad al pensador en sus vigilias; impedid que la serpiente nos muerda el alma.

Salvad el buen nombre de los que se van; protejed el oro de los trigos que colman; nuestros celémines; dejadnos tiempo para que nuestros días se regocijen con el murmullo de los nidos y de las cunas.

Arrojad el prejuicio, el miedo, el estudio falso, a la manera de un uno de vuestros rayos disipa las tinieblas; haced que los hijos, ricos de graúdad, sean al borde del sepulcro el báculo de los ancianos.

Haced que florezca de bondad la cruel alma humana; quítad la biblia al cura y el hacha al verdugo; no reguéis el monte, la colina y la llanura con las lágrimas del pueblo y la sangre de los esclavos.

Preservad del fuego la granja y mantened la muela en vilo; libradnos del graúdad a la dulce vuela de abril, y seáis vos y no yo, pobre infeliz, quien, después de haber escuchado, digáis: ¡Amén!

O bien, si creyese en vos, dios de luz, seáis bueno como los ángeles, y ni mi bábucos ni mi plegraría os pedirán consejo y asistencia.

No tendríamos más que bendecir vuestra suprema dultura, sin buscaros en parte alguna sino en vuestro cielo azul. Ni aun conociendo a la blasfemia, porque el diablenco reza cuando los hombres se odian. No necesitaríamos clamarnos vuestras penas, ni soñar días más serenos ni mejores, puesto que viviendo aquí abajo, sin dolor y sin cadenas, ignoraríamos la amargura de las lágrimas.

Pero ¿qué bendeciros, majestuosos fantasmas, si odiais a los que nos queréis, y en todas partes, desde los techos de mármol a los techos de caña, suspira en la carne el eterno dolor?

¿A qué buscaros con ávidas miradas si sois sordo a los sollozos de los humanos, y nada descende de vuestros vacíos cielos cuando hacéis que tengamos nuestros labios y nuestros manos?

¿De qué nos serviría levantar los velos que flotan sobre el trono en que os sentáis, si en el radiante horror de vuestras estrellas otros páldos mortales sollozan a vuestros pies?

Realidad estúpida o quimera creada por el hombre estúpida o quimera creada por el hombre estúpido de doblar sus odios, no merecís que la estrofa sagrada os lleve volando su canto místico y suave.

Vuestros viles servidores han saqueado vuestra vña; el fango ha corrompido vuestra fuente bautismal sin que hayáis hecho el menor signo para dominar el mal y aliviar la pena.

He visto doblarse el bien y triunfar el vicio, asobiar el crimen al sacerdote y al guerrero; el poeta morir en un jergón de hospital; y el bardo sin genio comprar sus laureles.

He visto al tirano comprar los tribunos populares, al esclavo vender su cadena y su mordaza, al millón robado sobre los mezuquinos salarios brillar al sol como bella mariposa.

Y cuando el malvado despoja al hombre justo, mientras que la virtud corre a prostituirse, tan poco uso hacéis de vuestro augusto rayo; que si existierais sería preciso mataros!

Clovís HUGUES

### El Blanco y el Negro

Negligente, en la mollice de sobremesa, la señora Bonnelle vivió el café, con movimiento estudiado que hacía reazar entre los encajes la blancura de sus torneados brazos. Después, en tanto que el humo de los cigarrus teja ligeros arabescos sobre los cristales de la ventana, continuando la interrumpida conversación, dijo el capitán Rive, atusándose el bigote.

—Se ha de reconocer que no valia la pena abolir la trata de negros si se habia de continuar matándolos y destruyéndolos como animales dañinos.

Qué importancia repuso el señor Bonnelle: humanidad—nada tiene que ver

con esa abolición. Lo que hay es que Inglaterra tenía una industria que, desarrollando los instintos feroces de sus traficantes, la exponía a ver transportados sobre su propio suelo los crimenes con que se ensangrentaba la tierra africana.

—¿Una copia de coñac? dijo la señora Bonnelle.

Con la cabeza inclinada, los ojos entornados, los labios entreabiertos, luciendo en la palidez del rostro el brillo de su sonrisa, daba a su invitación el carácter irresistible de ruego de la mujer que, ofreciendo algo, parece ofrecerse ella misma.

El capitán, sonriente a su vez, con fino ademán con que hubiera desprendido de su tallo una delicada flor, tomó la copa en que brillaba el licor con claridad de oro.

Bonnelle proseguía su relación diciendo que, respecto de América, el ganado humano, transportado en condiciones desastrosas, sufría enormes pérdidas, y que al mismo tiempo que iba desdoblando África, el precio del negro se hacía inabordable para los colonos pobres, lo que no podría menos de producir un cambio radical del sistema y la ruina de las colonias.

En resumen, el negro sale perdiendo.

—¿Le parece dudoso, dijo Rive, por decir algo.

—¿Dudoso? Pero no vé usted la esclavitud subsistente en África de una manera mucho más feróz? Además, la trata de negros suprimió la antropofagia; pero destruyó a las tribus que venden sus cautivos han vuelto a ser salvajes.

—¿Qué horror! exclamó la señora Bonnelle.

—O si no se los comen, continuó el señor Bonnelle, los matan para no mantenerlos. En los días de grandes fiestas, sea por capricho del despota, sea por costumbre religiosa, las tribus hacen solemnes hecatombas. De algún modo han de servir primas bocas inútiles en un país en que se perpetúa el hambre.

Y viendo que su mujer se estremecía de nuevo, sin duda por el contacto del pie del capitán bajo la mesa, Bonnelle añadió:

—Pero si en todas partes sucede lo mismo, la verdad es que nuestra sociedad no suata a los vencidos, más su organización les obliga por la miseria al suicidio. La forma no es tan dura, pero el fondo es el mismo.

—Si, dijo Rive, se nos habla de tribus salvajes que devoran sus ancianos; pero yo sé que en vuestras poblaciones industriales...

—Pues sencillamente, dijo el señor Bonnelle, mueren trabajando o envenenados por el tabernero, y el resto es carne de hospital, donde suelde darse el caso de que...

—¿Y usted cree que nuestra sociedad es una operación quirúrgica sobre el cliente rico, se ha ensayado media docena de veces sobre pobres diablos que no la necesitaban.

—Eso es vivisección, dijo Rive.

—Indudablemente, dijo Bonnelle.

—¡Oh! exclamó la joven, eso es horrible.

Con una piedad que parecía mezclada con extraña voluptuosidad, la señora Bonnelle describió detalladamente las crueles operaciones de los que practican la vivisección, que dijo conocer por una amiga; y para saber cuántas horas de sufrimiento para esas mutilaciones, y respecto de otras operaciones menores, afirmó que los mismos animales se conservan para diez, veinte o treinta experimentos, por economía, y por economía se suprimen también los animales.

Diciendo esas cosas parecía escucharse y atender a la gracia de sus actitudes; resultaba encantadora la expresión de horror que contraía imperceptiblemente su rostro, y más aún la emoción que le causaba sentirse cortejada por Rive en presencia de su marido.

Con una piedad que parecía mezclada con extraña voluptuosidad, la señora Bonnelle describió detalladamente las crueles operaciones de los que practican la vivisección, que dijo conocer por una amiga; y para saber cuántas horas de sufrimiento para esas mutilaciones, y respecto de otras operaciones menores, afirmó que los mismos animales se conservan para diez, veinte o treinta experimentos, por economía, y por economía se suprimen también los animales.

—¿Como se tolera eso? preguntó Rive.

—Xigencias de la ciencia, que tiene buena espalda para llevar la carga, dijo Bonnelle. La verdad es que se trata de animales y nadie hace caso.

—Aunque sean animales, interrumpió Rive. Y la ley protege mis miradas contra un espectáculo inmoral, mis sentimientos se convuelven ante esa barbarie, y el sufrimiento de mi piedad y la herida causada a mi sensibilidad son bien dignos de esa protección legal.

—Tiene usted razón, dijo Bonnelle. Pero quizá se considere esa tolerancia como una válvula para permitir una salida a los instintos sanguinarios de la humanidad.

—¡Oh, no! replicó Rive. De esa manera los instintos se conservan y se agravan. En este punto participo de la opinión de los ingleses respecto de los negros. Y no se diga que se ha de pensar primeramente en los hombres, dejando para después pensar en los animales, porque, buenos o malos, nuestros sentimientos se desarrollan siempre de menor a mayor. Por el amor a su muñeca, a su canario o su gato, el niño prepara y asegura sus facultades afectivas ulteriores. Aprendamos a evitar o a disminuir el sufrimiento del animal; de ser nos hará sentirse respetado.

El capitán tomaba demasiado en serio el asunto, olvidándose de la señora Bonnelle; pero ésta, sintiendo inmovilizada la fina bola de Rive, se desinteresó de la conversación, y lanzando entre aquellos dos hombres el brillo de su hermosura, a semejanza del rayo de sol que ahuyenta visiones tenebrosas, atrajo su atención hacia las magnificencias de las artes y de la industria, el concurso lípico, las exposi-

ciones, el lujo, la elegancia y todo el maravilloso confort de la existencia moderna.

Rive acudió seguidamente al reclamo, pero Bonnelle, un tanto testarudo, continuó en el mismo tono.

La señora Bonnelle, tentada por la facilidad de una causa ganada de antemano, aceptó la discusión, desplegando la escala de sus bellas risas, insistiendo sobre los negros, que rebajaba al parentesco de los monos.

—Unas gentes, decía, que no tienen religión...

—Te equivocas, protestó Bonnelle, tienen como nosotros sus dios y su diablo.

—¡Oh! replicó, no habíamos del diablo, y añadió cándidamente:

—¡No tienen más que groseras supersticiones!

—Eso dices, replicó con burlesca sonrisa Bonnelle, tú que le asustas del mar y del noveno frece?

La joven hizo un ligero gesto de desagrado. Después, sonrojada, pudicamente emocionada bajo la amorosa mirada del capitán, añadió:

—Unas gentes que van desnudas, como animales...

—Sin duda porque ignoran las voluptuosas semi-desnudeces de nuestros snarros...

—Estás impertinente, dijo la joven. —Empeñado en tener razón, en triunfar, por un argumento decisivo, de la mala fe de su marido, buscaba con la frente obscurcida por el esfuerzo del pensamiento. Por fin halló, y levantando la cabeza con aire decidido, y mirada segura, dijo:

—Esta vez sea por tu culpa, sea por cansancio, Bonnelle se declaró vencido, permaneció mudo y se inclinó.

—Si, aprobó Rive, con voz grave y respetuosa; nosotros tenemos el matrimonio.

Pobre victoria la de la joven, que, en presencia de su marido, tenía bajo la mesa frece sus dedos pies entre los del ayudante capitán. Confusa, emocionada por el capitán, pensando que desnudos o vestidos, casados o sin casar, salvajes o civilizados, el amor iguala todas las razas, cualquiera que sea su grado progresivo, sentía en aquel instante la necesidad de la ausencia de su marido.

JUAN REIBRACH

### IMPRESIONES

Tengo un raro amigo al que me une, además de una misma comprensión de las cosas que nos rodean, una fuerte, íntima afinidad artística e ideológica. Salimos juntos a la busca de impresiones extrañas, dolorosas unas, otras agradables; gustamos los dos de sentir fuertes emociones; sea a inquietud, sea a satisfacción, algo que está en nosotros y que es como un complemento de nuestra personalidad, nos empuja para que corramos a presenciar, como más varius espectáculo, toda la múltiple mezcla de cosas absurdas que forman la vida de una gran ciudad. Nada más a nuestra curiosidad insaciable; buscamos en el mar sucio, maloliente, grisáceo, de las aglomeraciones colectivas, de esos amontonamientos de gentes incalificables, que no son ya el mono primitivo, nuestro antepasado, pero que tampoco son el hombre, lo que identifica, filosóficamente y moralmente puede y debe llamarse hombre.

Lo visitamos todo; vamos buscando motivos, causas, argumentos que sean irrefutables, para censurar y criticar y zaherir a este mundo, a esta sociedad tan imperfecta, tan extraña, tan absurda, tan triste... Queremos extraer del fango en que se hundien los hombres del medio colectivo, de la revuelca, de los contrastes, de las rádojas que forman su vida, su miserable existencia de gusanos, frases duras e inexorables que al pronunciarlas hagan el efecto de un latigazo crugiente, que hiere y despierta a un mismo tiempo, que pone nervios en tensión, que obliga a crisparse y a cruzir por un sistema de insperado, como en un desdoblamiento insolito, forzado... Buscamos impresiones fuertes, tonificadoras, que nos sirvan de lección y de ejemplo para darlo después a los demás.

¡Si sólo quisiera que esta variedad, siempre monótona de la vida humana, fuera de la desgracia entronizada, de los vicios, del lodazal, de las vidas miserables, de los hombres que se arrastran, de todo lo malo, de todo lo perverso, del informe monón de dolores anónimos, de la indiferencia, de la inactividad, del no ser, que caracteriza a muchas gentes, del espíritu, de la idea de negación que en todas partes se respira... Si vierais todo esto, cómo se sublevaría en vosotros algo que lleváis dormido en lo profundo de la conciencia Sentiríais como algo pesado en el cerebro, como una nube en los ojos, como un obstáculo en la garganta; y moveríais los brazos desesperadamente, buscando ahuyentar el peso; la nube; el obstáculo.

Después, pensando en la impresión recibida, que fué dolorosa, os parecería tener el cuerpo así como si hubierais caído varias veces, como después de haber realizado esfuerzos tremendos.

Un cansancio, una pesadez, una indecisión desesperante, agotadora. Es que habéis respirado un momento un ambiente horrible de miseria, o de dolor, o de maldad. Muchas veces han sido estas las impresiones que hemos experimentado mi amigo y yo.

Al reaccionar, pasado el primer momento, sentimos la necesidad de multiplicar todo esfuerzo que se encamine a poner término a tanta angustia, a tanta perversión, a miserias tantas.

Las grandes ciudades son como viveros de todas las imperfecciones; uscen en ellas los vicios y encuentran propicio el ambiente, y se desarrollan y crecen y se agigantan, y llega un día en que todo lo

invaden, en que han llegado a todas las esferas, infectando, manchando todos los rostros; es como una epidemia que se extiende; es como un río que se desborda y ensancha sus márgenes; es como un mar en galerna constante; sus salpicaduras llegan a las cumbres, hasta manchar la pureza de las nieves perpetuas.

Mi amigo y yo hemos visto en la alta noche, el vicio extendido: toda la ciudad; hemos observado, con gran tristiza por nuestra parte, que es ya demasiada su influencia; desparramado por las sucias calles, por esas calles oscuras, malolientes, negras, donde las luces no alumbran, ni reverberan de tanta suciedad, donde no entra el sol de día ni trega la luna de noche, en esas calles, el vicio nos sale al paso; nos asalta, nos mancha, nos da la sensación de una llaga sangrante, pútrida, como un trozo de carne sanguinolenta que estuviera arrojado al paso del transeunte.

Aquí, allí, acullá, por todos los rincones escondidos, en todas las encrucilladas oscuras, donde ninguna luz ilumina, se ven caras extrañas de hembras desgraciadas se oyen; cruzan despario las calles, silbando, cantando a veces, y tienen giros las coplas que semejan lamentos.

Una sociedad que ha dado lugar a este espectáculo, no merece el respeto de nadie.

La impresión que todo esto nos produce, el dolor que nos reporta, la cruel lección que nos da, es inenarrable. Queremos analizar las causas, averiguar los orígenes, buscar el motivo que justifique todo esto y, en vano. Sólo encontramos una consecuencia: que esas gentes, esas hembras hasta aquí han obrado, han vivido como brutos, siguen aún viviendo de esta manera, obrando de esta forma. Se revuelcan en el fango, en el vicio; arrastran una vida miserable, extraña; les domina lo perverso, el ambiente malsano de todas las imbecilidades bacanales; no sienten nada, no piensan nada, no tienen nada en su vida, no hay sentido lo que es una inquietud, ni una sana alegría, ni una pasión grande, elevada, elevada, ubérrima. Esos hombres... —dice mi raro amigo—busquemos en el mismo fango en que se debaten, la frase que haya que leerles.

Otros días, en las tardes dominicales, aburridos de la vulgaridad que se respira en los cafés, expulsados de todas partes por la obscuridad, es de lo que nos fuimos a la montaña, buscando el aire libre, los sanos perfumes de los árboles, de las plantas silvestres. La impresión que nos da la naturaleza es la más sana, la más fuerte, la más tonificadora; se respira en el campo libre, frente al mar, entre los arbustos seculares, saludables, amonaciones de la tierra; los pulmones se ensanchan para albergar en su seno la vida que traen los aires; el cerebro también siente la influencia del ambiente y nacen en él grandes ideas, optimistas concepciones toman forma, como una halagadora realidad para mañana.

Pero el campo, en los alrededores de la ciudad, también ha sido invadido. En el Tibidabo se han gastado su fortuna, de origen inexplicable, todos los grandes capitalistas. Han construido palacios, han plantado jardines, han colado la pureza de la montaña, para en ellos ostentar orgullosos sus lujos, la "cantidad ridícula" que tiene dinero. Toda la miseria, toda la sangre, todo el sudor, todas las lágrimas

## EL PARLAMENTO

Los hombres tienen relaciones con sus semejantes, relaciones con las cosas y una vida personal, íntima, única.

No posible estudiar nada de lo que al hombre le interesa sin tomar estos tres puntos de vista.

El parlamentarismo pretende solucionar todos los problemas que surgen del hombre en si y en sus relaciones con los demás y con las cosas.

Si esta pretensión del parlamentarismo tuviera efectividad, indudablemente habría que rodear de prestigio al parlamento y reconocerlo como la institución más útil a la humanidad.

Si fracasase en alguno de los tres aspectos mencionados, el parlamentarismo ya no sería aceptable, pero tampoco sería rechazable en absoluto. Pero si el fracaso se extiende a dos fases o a las tres citadas, correspondería rechazarlo de plano, sin ambages ni rodeos.

Analicémos, por lo tanto, la acción parlamentaria en relación con las tres grandes cuestiones—y, únicas—de la humanidad. La relación del hombre con las cosas, por último el hombre en si mismo.

¿Puede el parlamento hacer factibles, armónicas, las relaciones entre los hombres?

Casi impulsivamente se nos viene a los puntos de la piuma una negación absoluta, rotunda e ineluctable.

Y es que las relaciones humanas son ilegales. Nos lo demuestran diariamente los clamores contra la ley que de todas partes surgen, las críticas perlinas que cada una recibe no bien son promulgadas, los defectos que en todas se notan apenas se llevan a la práctica. Desde que se ha empezado a legislar se ha iniciado la protesta contra las malas leyes y constantemente se reforman, derogan y promulgan otras. No hay una ley que sea buena, que al menos por tal se tenga. Todas son malas. Es la voz corriente.

En muchas ocasiones, los que por una u otra causa resultan lesionados en sus relaciones con los demás—hombres, si

de las gentes que viven amontonadas en las sucias casas de los barrios miserables, han sido los materiales con que se han hecho de esto el mundo, se han plantado estos jardines. El informe monón de angustias en que viven las gentes que trabajan, es el origen de estos lujos; después de haber exprimido los sudores de los de abajo, con el fruto de esos sudores, han hollado, han manchado la pureza de la montaña, para en ellos ostentar orgullosos sus lujos, la "cantidad ridícula" que tiene dinero. Toda la miseria, toda la sangre, todo el sudor, todas las lágrimas

Si después de una visita al Tibidabo bajáis a la ciudad, escudriñad en sus rincones, como enmendados la impresión recibida alí arriba. Salid luego, otra vez, por distintos sitios; id a Montjuich en la parte baja, junto al mar. En las cuevas naturales, formadas por el tiempo, encontraréis familias miserables que duermen si es de noche, que merodean al día; si son pequeños, que por allí se miran, miradas de Somostro. Acordaos también de las casas de la ciudad en las que viven los obreros, de las calles en que se asientan estas casas, del fango, de los vicios, acordaos de todo y estudiadlo.

Id después al otro extremo de la gran urbe; visitad, siquiera sea de paso, ese barrio apartado, encerrado allí, junto al parque, en la playa, como desterrado. Somostro se llama.

Id. Estudiad al pasar aquellas gentes; ved la miseria en que viven; observad en que lechos duermen; fijaos en las casas de lienzo, de madera, o de viejo zinc, en que se amontonan; mirad bien algunas de estas viviendas; mirad bien a los niños, los niños que en ellas putulan; las viejas que no tienen en brazos quitándoles parásitos que les atormentaban. Miradlo todo esto. Haced después un parangón, comparad el contraste, reflexionad acerca de él; imaginad la opulencia de los palacios del Tibidabo y la miseria de las cuevas de Montjuich, de las casuchas de Somostro. Acordaos también de las casas de la ciudad en las que viven los obreros, de las calles en que se asientan estas casas, del fango, de los vicios, acordaos de todo y estudiadlo.

Mi amigo y yo lo hemos visto todo esto, hemos después reflexionado.

Y hemos ido también otros días a las cárceles, a los hospitales, a presenciar la salida de las turbas imbeciles del circo taurino; hemos ido a todas partes buscando impresiones, buscando emociones, buscando los rostros de mal, de la ignorancia, o de la miseria, de los niños, los niños enfermos, los vagabundos, toda la gente que vive al margen de la vida, nos dan la más grande sensación y la más triste, porque es la que más habla de lo imperfecta, de lo absurda que es la sociedad actual.

Rara vez un espectáculo nos ha satisficido, nos ha dado alegría. Sin embargo, hemos ido. Porque de estas impresiones dolorosas, de estos amontonamientos de maldades que las producen, hemos de aprender, hemos de aleccionarnos para poner el remedio; un remedio que habrá de ser radical, que habrá de ser definitivo.

Conviene a presenciar estos espectáculos, a sentir estas emociones. Viedro de cerca el mal se pensará en cortar cerceé, con un gesto supremo, sus raíces. La Humanidad no puede, en modo alguno, continuar así...

DIONYSIOS

echan de ver que el punto en cuestión no ha sido incluido en alguna ley, piden en seguida se legisle sobre él. Y no bien se ha legislado, ya tenemos, y probablemente a los mismos que pidieron la ley, protestando contra ella, que la ley es mala, dicen. Eso no es lo que había que hacer. E inician una propaganda activa para que la flamante ley sea reformada.

La legislación es la verdadera tela de Penélope, que nunca se acaba, siempre en continuo tejer y destejer.

La ley que se desecha observamos que lo que no está legislado, es lo que mejor marcha. La amistad, el amor, la independencia del hombre en su hogar, carecen de legislación y son las que menos tropiezos y disgustos causan. Y los contratiempos que ocurren a veces, no los evitaria seguramente la ley, así como no evita ninguno de los que se producen en la vida, ella interviene y que resultan aumentados por las infracciones que a la misma ley se cometen, unos por ignorancia, otros porque no pueden constituirse a no hacer. lo que la ley prohíbe y los demás, porque los defectos de la ley les hacen incurrir en culpas que ellos desconocen.

La ley no impide ni un asesinato, ni un adulterio, ni nada de lo que ella castiga. Así como no ha impedido se crea en tal o cual día, se piense esto o lo otro y se rebelen los hombres contra las leyes multitud de veces.

Una ley que mandase hacer algo hoy, no está en la conciencia humana realizada, no tendría poder alguno para obligar a que se hiciese. Por ejemplo: si se ordenase que las mujeres se suicidaran al quedarse viudas o que las madres matasen a los recién nacidos del sexo femenino, nadie cumpliría la ley. Exactamente en las pocas cosas que esos dos actos eran corrientes, está en la conciencia humana la necesidad de realizarlos, ley alguna habría impedido se cometiesen. En la India, actualmente tropiezan los ingleses con la primera de esas prácticas, que en vano tratan de desarrigar por medio de la ley.

Y es claro. Los castigos no valen nada pues como se va a castigar a una mujer que quiere morir? Esto a parte, los casti-



